

LAS SOMBRAS DEL TRIPOLAR

Se trata de un individuo de mediana edad, sin ningún rasgo que permita diferenciarlo claramente de los demás, sin embargo, su historia, su forma de vestir (luce un vistoso frac) y su ubicación hacen de él un ser excepcional. Vive, desde hace unos años, debajo de un andamio de un bloque de pisos en construcción, paralizado cuando los bancos decidieron pasar de la fiebre de la especulación propia a la fiebre de la austeridad ajena. Como el edificio en cuestión está situado al lado de una sala de música especializada en el estilo folk-rock, nuestro hombre todas las noches cierra los ojos sonriendo con las baladas de un prodigioso cantautor pero, por las mañanas, se levanta aterido de frío y, como él dice, “sumido en la ceremonia de la confusión”.

Una de sus sombras, la más gregaria, vaga indolente por las tierras antaño de barbecho, ahora transformadas en agricultura industrial, mares de plástico donde los siempre escurridizos hombres de negro, venden frutas y verduras al por mayor y compran voluntades a granel mediante el ingenioso razonamiento de “esto es lo que hay, lo tomas o lo dejas, no hay más”. En algunos diarios digitales hablan abiertamente de “llanura sin ley”.

Otra de sus sombras, la más solidaria, se yergue altiva entre los rascacielos de la gran ciudad, donde reinan las palabras huecas, sin sentido, como peces de papel que engordan en las cloacas. La mayoría de la gente ha optado por evitar las conversaciones de tú a tú y se comunican a través de un pájaro electrónico que les permite escribir ciento veinte caracteres. Nótese que el concepto “palabra” les provoca tan poco entusiasmo que evitan hasta su pronunciación. Sería como una creencia ancestral, según la cual lo que no se nombra no existe. Pues bien, en este clima, la segunda sombra dona su voz a la multitud con el fin de tejer un clamor que, algún día, invada el horizonte de sol a sol.

La última, la más creativa, penetra en los túneles del metro y se sumerge en el blues nostálgico de los subterráneos, donde los tiempos están cambiando en la granja Mary y la respuesta, según un señor que toca el tambor, está en el viento, como un canto rodado que, bajo el cielo rojo y tras la dura lluvia, inexorablemente llegará al mar.

Por cierto, nuestro protagonista se llama Ernesto y ya, desde pequeño, los psicólogos le diagnosticaron “labilidad emocional”, un término técnico que sus familiares más próximos jamás llegaron a comprender.